Autora: Patricia Pólvora · Experta en medición de impacto (SROI) y fundadora de empresas B Corp

Impacto de verdad: midiendo lo que importa para tomar mejores decisiones

En los últimos años, el término impacto —y, con él, la necesidad de contar con datos que lo evidencien para la toma de decisiones estratégicas— se ha vuelto recurrente en la agenda de empresas, inversores y organizaciones sociales. Como señaló Klaus Schwab, fundador y presidente ejecutivo del Foro Económico Mundial: "¿Qué tipo de capitalismo queremos? Esa puede ser la pregunta definitoria de nuestra era... El 'capitalismo de los grupos de interés', un modelo que propuse hace medio siglo, posiciona a las empresas privadas como custodias de la sociedad, y es claramente la mejor respuesta a los desafíos sociales y medioambientales de hoy."

En este contexto, medir outputs —cuántos talleres se dictaron, cuántos árboles se plantaron, cuántas personas participaron— no es lo mismo que medir impacto. Lo primero cuantifica la actividad; lo segundo revela si esas acciones realmente generan cambios positivos y sostenibles en la vida de las personas y en la salud del planeta.

Y aquí surge la pregunta clave: ¿Qué entendemos realmente por impacto social y medioambiental? ¿Cómo sabemos si nuestras acciones de sostenibilidad están transformando vidas y ecosistemas, o si solo estamos contabilizando actividades? Y, sobre todo, de qué manera podemos utilizar datos de medición de impacto para acompañar nuestras decisiones en las estrategias de sostenibilidad que decimos impulsar en las empresas? Como experta en medición de impacto con la metodología SROI (Social Return on Investment) y fundadora de The Social Consulting Agency, empresa certificadas como B Corp, me encuentro con esta pregunta una y otra vez en las salas de gerencia. Son empresas que quieren asegurarse de que la inversión destinada a sostenibilidad realmente genere impacto, y no se convierta en recursos sin efecto tangible o que únicamente sirva para "cumplir con la ley"

Son organizaciones que huyen del greenwashing y del socialwashing, y que, al igual que utilizan los datos económicos para entender la salud financiera de la compañía, buscan que los datos de impacto les guíen para saber cómo están contribuyendo a los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) o cuán eficaz es el trabajo de su departamento de sostenibilidad.

Empresas, en definitiva, que quieren que la palabra sostenibilidad tenga un sentido real y verificable.

Durante años, se ha cultivado además la ilusión del "botón mágico": la idea de que basta con apretar un sistema para obtener cifras de impacto listas para exhibir.

En ese camino, muchas memorias no financieras comenzaron a llenarse de indicadores como el "número de beneficiarios alcanzados", las "horas de capacitación impartidas" o las "toneladas de CO_2 reducidas".

Empresas, en definitiva, que quieren que la palabra sostenibilidad tenga un sentido real y verificable.

Durante años, se ha cultivado además la ilusión del "botón mágico": la idea de que basta con apretar un sistema para obtener cifras de impacto listas para exhibir.

En ese camino, muchas memorias no financieras comenzaron a llenarse de indicadores como el "número de beneficiarios alcanzados", las "horas de capacitación impartidas"

Como experta en medición de impacto o las "toneladas de CO_2 reducidas". Sin embargo, cada vez más organizaciones reconocen que medir outputs —actividades y resultados inmediatos— ya no es suficiente para entender si generamos el cambio que necesitamos dada la magnitud de los desafíos actuales, ni para contar con datos rigurosos que nos permitan optimizar el impacto y la inversión en sostenibilidad.

Un ejemplo sencillo: output es decir "se plantaron 10.000 árboles". Pero el outcome requiere preguntarse: ¿cuántos sobrevivieron después de tres años? ¿Realmente aumentó la biodiversidad o se mejoró la calidad del aire en la zona?

Medir outcomes —es decir, cambios reales en la calidad de vida de las personas y en la salud del planeta— se vuelve indispensable. No basta con reportar actividades inmediatas; se trata de capturar transformaciones sostenibles y verificables, aquellas que realmente justifican las inversiones y decisiones estratégicas, con el fin de contar con datos evidenciados, fiables y actuales que guíen nuestras decisiones. ¿Seguirías plantando árboles si supieras que no impactan en la biodiversidad siendo ese tu objetivo? Del mismo modo, una empresa no continuaría contratando a una persona que no cumple con sus metas. Y, sin embargo, muchas organizaciones siguen midiendo el dato equivocado y llamándolo impacto. Es como celebrar el número de productos fabricados sin saber si realmente se vendieron, o reportar horas de capacitación sin verificar si los participantes consiguieron empleo.

El mundo enfrenta retos sin precedentes, desde el avance del cambio climático hasta el aumento de las desigualdades sociales. Revertir el daño acumulado en los ecosistemas y cumplir con los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) no se consigue contabilizando actividades aisladas. Los outputs, por sí solos, no hablan sobre cambios en el bienestar de las personas ni en la resiliencia de los ecosistemas.

La tendencia regulatoria también comienza a marcar el rumbo. En Europa, legislaciones como la Corporate Sustainability Reporting Directive (CSRD) o la taxonomía verde exigen a las compañías evidenciar el impacto de sus acciones, más allá de políticas o compromisos.

En América Latina, países como Chile, México y Colombia avanzan en marcos normativos de reporte ambiental y economía circular. El mensaje es claro: las organizaciones que no comiencen hoy a trabajar en la medición de outcomes corren el riesgo de tener que correr mañana, cuando la regulación lo convierta en una obligación. A este panorama se suman las nuevas tendencias de estandarización en medición de impacto, que buscan que la contabilidad de las empresas deje de mostrar solo los resultados económicos y empiece a reflejar también el valor —o la pérdida— en términos de capital social, medioambiental y humano. No se trata únicamente de medir, sino de monetizar impactos con el mismo rigor con el que hoy se monetizan ingresos y costos financieros: Capitals Coalition impulsa un enfoque multicapital (natural, humano, social y financiero); el IFVI (International Foundation for Valuing Impacts) desarrolla estándares que profesionalizan la medición de impactos con el mismo rigor que la contabilidad financiera; SVI (Social Value International) lidera con los Principios de Valor Social y la metodología SROI; y los SDG Impact Standards de Naciones Unidas alinean decisiones de inversión con los ODS y garantizan gobernanza y rendición de cuentas con criterios comparables a nivel global.

Todas estas iniciativas comparten un mismo objetivo: que el desempeño empresarial se mida y se reporte en un lenguaje común, integrando en la contabilidad corporativa la huella social y medioambiental junto con la financiera.

El propósito es que los datos de impacto apoyen la toma de decisiones, permitiendo a las empresas trabajar de manera más sostenible y consciente: reconociendo tanto los impactos negativos que generan como los positivos, y contando con información que les ayude a adaptar, modificar y estructurar decisiones operativas, tácticas o estratégicas. Al mismo tiempo, estos datos ofrecen a los inversores una herramienta para evaluar lo bien que lo hace una empresa desde una perspectiva holística, más allá de los números financieros que, a menudo, esconden detrás impactos positivos o negativos que son la causa —o la consecuencia— de un resultado económico. En última instancia, todo ello nos acerca a abordar los 17 grandes desafíos que plantean los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS).

Si empresas, gobiernos e individuos tuviéramos mayor visibilidad de cuáles son nuestros impactos reales, podríamos tomar decisiones que contribuyan a reducir estas problemáticas. Y hacerlo no solo es coherente con una visión de sostenibilidad, sino que también apoya el crecimiento empresarial, porque los impactos sociales y medioambientales negativos acaban afectando, incluso económicamente, en el medio y largo plazo.

Las metodologías de impacto más sólidas se apoyan en estándares reconocidos internacionalmente que ponen el foco en el impacto real y evitan la tentación de medir lo más fácil de reportar. Dos marcos especialmente relevantes —y perfectamente gestionables por las empresas— son los SDG Impact Standards de Naciones Unidas, que guían a las organizaciones en gobernanza, estrategia, gestión e indicadores; y el SROI de Social Value International (SVI), basado en los Principios de Valor Social

que incluyen involucrar a los grupos de interés, entender qué cambia, valorar lo que importa, no sobreatribuir, ser transparentes y verificar los resultados. Ambos cuentan con formaciones y acreditaciones que permiten a las organizaciones incorporar conocimiento internamente y validar la calidad de los datos reportados.

Su foco está en involucrar a los grupos de interés y asegurar que el impacto reportado sea realmente atribuible, evitando apropiarse de resultados que corresponden a otros. Pensemos en un ejemplo sencillo: ¿dirías que los valores de tus hijos se deben únicamente a tu influencia? Probablemente no; también intervienen la escuela, los amigos, la sociedad o las redes sociales. Del mismo modo, lo que una organización llama "mi impacto" debe reconocer la aportación de otros actores. Estas metodologías y estándares garantizan que las empresas trabajen bajo marcos comparables a nivel internacional, fortaleciendo su credibilidad y evitando prácticas de social washing o green washing.

La conclusión es clara: medir impacto con metodologías robustas no es un lujo, es un imperativo estratégico y ético. Solo así podremos gestionar con transparencia lo que generamos —para bien o para mal— y tomar decisiones que no solo fortalezcan a las empresas, sino que también contribuyan al bienestar colectivo y a la resiliencia del planeta. La pregunta que queda abierta es simple pero decisiva: si ya sabemos que medir el impacto es posible, ¿qué nos detiene para hacerlo con la misma seriedad con la que gestionamos nuestras finanzas?

REVISTA SUSTENTABILIDAD

SUSTENTABILIDADE
5TA EDICIÓN 2025

Autora: Patricia Pólvora · Especialista em medição de impacto (SROI) e fundadora de empresas B Corp

Impacto real: medindo o que importa para tomar melhores decisões

Nos últimos anos, o termo impacto — e, com ele, a necessidade de dispor de dados que o comprovem para a tomada de decisões estratégicas — tornou-se recorrente na agenda de empresas, investidores e organizações sociais. Como observou Klaus Schwab, fundador e presidente executivo do Fórum Econômico Mundial: "Que tipo de capitalismo queremos? Essa pode ser a pergunta definidora da nossa era... O 'capitalismo dos grupos de interesse', um modelo que propus há meio século, posiciona as empresas privadas como guardiãs da sociedade e é claramente a melhor resposta aos desafios sociais e ambientais de hoje."

Nesse contexto, medir resultados — quantos workshops foram ministrados, quantas árvores foram plantadas, quantas pessoas participaram — não é o mesmo que medir impacto. O primeiro quantifica a atividade; o segundo revela se essas ações realmente geram mudanças positivas e sustentáveis na vida das pessoas e na saúde do planeta.

E aqui surge a pergunta fundamental: o que realmente entendemos por impacto social e ambiental? Como sabemos se nossas ações de sustentabilidade estão transformando vidas e ecossistemas, ou se estamos apenas contabilizando atividades? E, acima de tudo, de que maneira podemos usar dados de medição de impacto para acompanhar nossas decisões nas estratégias de sustentabilidade que dizemos promover nas empresas? Como especialista em medição de impacto com a metodologia SROI (Social Return on Investment) e fundadora da The Social Consulting Agency, empresa certificada como B Corp, me deparo com essa pergunta repetidamente nas salas de reunião da gerência. São empresas que querem garantir que o investimento destinado à sustentabilidade realmente gere impacto e não se transforme em recursos sem efeito tangível ou que sirvam apenas para "cumprir a lei".

São organizações que fogem do greenwashing e do socialwashing e que, assim como usam dados econômicos para entender a saúde financeira da empresa, buscam que os dados de impacto as orientem para saber como estão contribuindo para os Objetivos de Desenvolvimento Sustentável (ODS) ou quão eficaz é o trabalho de seu departamento de sustentabilidade.

Empresas, em definitiva, que querem que a palavra sustentabilidade tenha um significado real e verificável.

Durante anos, cultivou-se também a ilusão do "botão mágico": a ideia de que basta pressionar um sistema para obter números de impacto prontos para exibir.

Nesse caminho, muitos relatórios não financeiros começaram a se encher de indicadores como o "número de beneficiários alcançados", as "horas de treinamento ministradas" ou as "toneladas de CO_2 reduzidas".

Empresas, em definitiva, que querem que

a palavra sustentabilidade tenha um significado real e verificável.

Durante anos, cultivou-se também a ilusão do "botão mágico": a ideia de que basta apertar um sistema para obter números de impacto prontos para exibir. Nesse caminho, muitos relatórios não financeiros começaram a se encher de indicadores como "número de beneficiários alcançados", "horas de treinamento ministradas"

Como especialista em medição de impacto ou "toneladas de CO_2 reduzidas". No entanto, cada vez mais organizações reconhecem que medir outputs — atividades e resultados imediatos — já não é suficiente para entender se estamos gerando a mudança de que precisamos, dada a magnitude dos desafios atuais, nem para contar com dados rigorosos que nos permitam otimizar o impacto e o investimento em sustentabilidade.

Um exemplo simples: output é dizer "foram plantadas 10.000 árvores". Mas o resultado exige que nos perguntemos: quantas sobreviveram após três anos? A biodiversidade realmente aumentou ou a qualidade do ar na área melhorou?

Medir resultados — ou seja, mudanças reais na qualidade de vida das pessoas e na saúde do planeta — torna-se indispensável. Não basta relatar atividades imediatas; trata-se de capturar transformações sustentáveis e verificáveis, aquelas que realmente justificam os investimentos e as decisões estratégicas, com o objetivo de contar com dados comprovados, confiáveis e atuais que orientem nossas decisões. Você continuaria plantando árvores se soubesse que elas não impactam a biodiversidade, sendo esse o seu objetivo? Da mesma forma, uma empresa não continuaria contratando uma pessoa que não cumpre suas metas. No entanto, muitas organizações continuam medindo os dados errados e chamando isso de impacto. É como comemorar o número de produtos fabricados sem saber se eles realmente foram vendidos, ou relatar horas de treinamento sem verificar se os participantes conseguiram emprego.

O mundo enfrenta desafios sem precedentes, desde o avanço das mudanças climáticas até o aumento das desigualdades sociais. Reverter os danos acumulados nos ecossistemas e cumprir os Objetivos de Desenvolvimento Sustentável (ODS) não é possível contabilizando atividades isoladas. Os resultados, por si só, não refletem mudanças no bem-estar das pessoas nem na resiliência dos ecossistemas.

A tendência regulatória também começa a marcar o rumo. Na Europa, legislações como a Diretiva de Relatórios de Sustentabilidade Corporativa (CSRD) ou a taxonomia verde exigem que as empresas comprovem o impacto de suas ações, além de políticas ou compromissos.

Na América Latina, países como Chile, México e Colômbia avançam em marcos normativos de relatórios ambientais e economia circular. A mensagem é clara: as organizações que não começarem hoje a trabalhar na medição de resultados correm o risco de ter que correr amanhã, quando a regulamentação tornar isso uma obrigação. A este panorama somam-se as novas tendências de padronização na medição de impacto, que buscam que a contabilidade das empresas deixe de mostrar apenas os resultados econômicos e comece a refletir também o valor — ou a perda — em termos de capital social, ambiental e humano. Não se trata apenas de medir, mas de monetizar impactos com o mesmo rigor com que hoje se monetizam receitas e custos financeiros: a Capitals Coalition promove uma abordagem multicapital (natural, humana, social e financeira); a IFVI (International Foundation for Valuing Impacts) desenvolve padrões que profissionalizam a medição de impactos com o mesmo rigor da contabilidade financeira; a SVI (Social Value International) lidera com os Princípios de Valor Social e a metodologia SROI; e os SDG Impact Standards das Nações Unidas alinham as decisões de investimento com os ODS e garantem a governança e a prestação de contas com critérios comparáveis a nível global.

Todas essas iniciativas compartilham o mesmo objetivo: que o desempenho empresarial seja medido e relatado em uma linguagem comum, integrando na contabilidade corporativa o impacto social e ambiental, juntamente com o financeiro.

O objetivo é que os dados de impacto apoiem a tomada de decisões, permitindo que as empresas trabalhem de forma mais sustentável e consciente: reconhecendo tanto os impactos negativos quanto os positivos que geram e contando com informações que as ajudem a adaptar, modificar e estruturar decisões operacionais, táticas ou estratégicas. Ao mesmo tempo, esses dados oferecem aos investidores uma ferramenta para avaliar o desempenho de uma empresa de uma perspectiva holística, além dos números financeiros que, muitas vezes, escondem impactos positivos ou negativos que são a causa — ou a consequência — de um resultado econômico. Em última análise, tudo isso nos aproxima da abordagem dos 17 grandes desafios apresentados pelos Objetivos de Desenvolvimento Sustentável (ODS).

Se as empresas, os governos e os indivíduos tivéssemos maior visibilidade dos nossos impactos reais, poderíamos tomar decisões que contribuíssem para reduzir esses problemas. E fazer isso não só é coerente com uma visão de sustentabilidade, como também apoia o crescimento empresarial, porque os impactos sociais e ambientais negativos acabam afetando, inclusive economicamente, a médio e longo prazo.

As metodologias de impacto mais sólidas baseiam-se em padrões reconhecidos internacionalmente que se concentram no impacto real e evitam a tentação de medir o que é mais fácil de relatar. Dois marcos especialmente relevantes — e perfeitamente gerenciáveis pelas empresas — são os SDG Impact Standards das Nações Unidas, que orientam as organizações em governança, estratégia, gestão e indicadores; e o SROI da Social Value International (SVI), baseado nos Princípios de Valor Social.

que incluem envolver as partes interessadas, entender o que muda, avaliar o que importa, não atribuir em excesso, ser transparente e verificar os resultados. Ambos possuem formações e acreditações que permitem às organizações incorporar conhecimento internamente e validar a qualidade dos dados reportados.

Seu foco é envolver as partes interessadas e garantir que o impacto relatado seja realmente atribuível, evitando se apropriar de resultados que correspondem a outros. Pensemos em um exemplo simples: você diria que os valores de seus filhos se devem apenas à sua influência? Provavelmente não; a escola, os amigos, a sociedade ou as redes sociais também intervêm. Da mesma forma, o que uma organização chama de "meu impacto" deve reconhecer a contribuição de outros atores. Essas metodologias e padrões garantem que as empresas trabalhem sob estruturas comparáveis internacionalmente, fortalecendo sua credibilidade e evitando práticas de social washing ou green washing.

A conclusão é clara: medir o impacto com metodologias robustas não é um luxo, é um imperativo estratégico e ético. Só assim poderemos gerenciar com transparência o que geramos —para o bem ou para o mal — e tomar decisões que não apenas fortaleçam as empresas, mas também contribuam para o bem-estar coletivo e a resiliência do planeta. A questão que permanece em aberto é simples, mas decisiva: se já sabemos que é possível medir o impacto, o que nos impede de fazê-lo com a mesma seriedade com que gerenciamos nossas finanças?

REVISTA SUSTENTABILIDAD

SUSTENTABILIDADE
5TA EDICIÓN 2025